¿Hay un objeto de la retórica? La fuerza del discurso y la nueva retórica

Ana María Martínez de la Escalera

Facultad de Filosofía y Letras

Universidad Nacional Autónoma de México, México

ammel@unam.mx

Resumen

En este artículo, cuestionamos el objeto de la retórica. La retórica es un saber humanístico y crítico desde hace veintiséis siglos. Su interés ha sido el discurso en lugar de la dimensión de la proposición. Hoy, renueva su proceder crítico al introducir el concepto de fuerza del discurso para pensar el estatus y valor de las humanidades, para encarar la dimensión histórico-social del discurso, es decir su hacer-decir pragmático. Esta propiedad o condición material moldea la subjetividad y el mundo de las relaciones sociales, permitiéndonos reflexionar sobre el cambio y, en cierto sentido muy determinado, llevándolo a cabo.

Palabras clave: crítica, experiencia retórica o retoricidad del discurso, campo de experiencia, fuerza.

Abstract

In this text we question the object of Rhetoric. This knowledge belongs to the humanities and its critical approach to discourse since 26 centuries ago. Its aim has been discourse instead of the dimension of propositions. Now rhetoric demands the return of critique by proposing the concept of force as the way of rethinking status of humanities. In that manner humanities can approach the historical and social status of discourse and its pragmatic power. This power over speech and action governs subjectivity and the social relations. It let us rethink social change and its passage to action.

Keywords: critique, rhetorical experience or rhetoricity, field of experience, force.

Presionada por el modelo hegemónico de las ciencias de la vida y la naturaleza que gobierna las actividades del conocimiento y la investigación, la retórica contemporánea cede. Pretende ser un saber académico y universitario. Para subsistir en ese espacio de la investigación intenta precisar su objeto a partir del paradigma científico e insiste en unificar, formalizar y generalizar su proceder analítico y epistémico. Pero abandona su proceder crítico de interpretación y proposición, incluso al respecto de su misma condición. Lo que gana en prestigio académico, becas y recursos para la investigación, la separa de un *campo de experiencia* donde lo retórico no tiene dueño ni autor. La cosa retórica o, con más precisión, la experiencia retórica, no se deja reducir por procesos de apropiación académica. Esta experiencia figural, tropológica y argumental¹ es sobre todo posesión de las acciones anónimas de los hablantes. Con estas acciones, ellos ordenan discursivamente el mundo a su alrededor, dan sentido a la relación entre las cosas y los seres mediante ciertos usos del discurso, y ofrecen narrativas y modos de argumentación nuevos y otros. Se trata efectivamente de una experiencia a través de la cual se nombra la relación de los hablantes con ellos mismos, base de procesos de identificación abiertos al cambio. Es en el marco de esa experiencia retórica donde tiene lugar “la destrucción o deconstrucción del mito de la correspondencia entre el signo y la referencia... circunstancialmente instancias de entrecruzamiento de problemas filosóficos, lingüísticos y estéticos” (Martínez, *De la elocuencia* 125).

Pensar la retórica y su objeto hoy implica no abandonar la interrogación crítica que permite estar en contacto con un campo de experiencia histórico-social en el cual las relaciones entre los hablantes determinan y a la vez son determinadas por vocabularios y acciones.

¹ Lo figural es el rasgo introducido por las figuras o *schemata*. Ellas modifican el discurso normal según la retórica clásica. En la modernidad, se llama figuras a operaciones que transforman el pensamiento como la desautomatización brechtiana en el mundo del teatro del siglo xx, o la deconstrucción en filosofía, o la resignificación en el discurso feminista. La tropológica es el rasgo introducido por los tropos al escenario de los intercambios verbales en las experiencias de lo humano. El tropo es una variante de figura que afecta el orden semántico como en la metáfora y la metonimia y, a la vez, altera el pensamiento produciendo modalidades-otras de reflexión.

La retoricidad de la experiencia y la experiencia retórica

La retoricidad del mundo de la experiencia es la condición de una fuerza realizativa (Austin 5) y material que posiciona todo sentido en un mundo de vínculos. Ubica también las funciones del discurso como obligar, interrogar, intimidar, etc. Además de la instancia de lo asignificante, que se refiere a una producción semiótica con implicaciones sociales no fundada en el signo (Guattari y Deleuze 67). Dicha retoricidad es la condición de emergencia de los decires-haceres colectivos y de la gente a los que el modelo proposicional de las ciencias del lenguaje les parece dogmático y limitante porque deja fuera las implicaciones sociales, por ejemplo: las relaciones de dominación. Les parece tan dogmático como los vocabularios técnicos de la sociología, la antropología y el pensamiento filosófico, los cuales responden a las interpelaciones académicas de las ciencias del lenguaje. Por ello, al discurso de los movimientos sociales, basado en experiencias discursivas vinculantes, le cuesta conversar con la academia que le quiere dictar vocabularios con los que describir sus experiencias (u ocultarlas). En ese mundo de la academia se interpela a los hablantes desde un vocabulario privilegiado que dificulta, muchas veces, la toma de la palabra de los no universitarios, así como se erigen jerarquías o se desmoronan, se excluye y se es excluido desde una instancia conceptual muy determinada y muy diferente a la conversación vernácula (Illich 92-100). Por el contrario, en la conversación vernácula, la *retoricidad* es el hacer de la palabra más allá de la ley del lenguaje, de su profesionalización mediante la cual se proscribe el habla de la gente y se prescribe un universo perfectamente encuadrado del sentido.

En el intento por profesionalizar la retórica desde paradigmas de las ciencias algo es dejado de lado, dada la dificultad de su sistematización o generalización sin condicionantes.

Es posible interrogarnos si junto a “una teoría semántica de la interpretación de las frases” (Grupo M 62) y “una teoría pragmática de los actos del lenguaje” (Austin 5), ¿no sería igualmente necesario un análisis de la referencia y de sus modalidades, una teoría de los efectos de la situación y del contexto sobre las relaciones entre los hablantes en la emergencia del sentido (producción y reactivación)? ¿No necesitaríamos introducir al pensamiento académico del discurso la

pregunta por su “materialidad de cosa dicha y hecha” (Foucault 10-11) que las dos primeras teorías desconocen? Vale agregar que las virtudes descriptivas de la retórica del Grupo M y la pragmática de Austin son indudables pero a ambas les falta la crítica de la fuerza del discurso. Esta fuerza fue pensada por la antigua retórica sin darle un nombre, concepto o categoría puntual desde los cuales iniciar la lectura crítica. Bajo diversos títulos, la fuerza retórica persistió en aparecer en los textos más favorecidos por la tradición, pese a la ausencia de conceptualización.

Una persistencia

Tanto en su aparato taxonómico, hecho de figuras y tropos de asombrosa pluralidad inventiva, como en su formateo (Rossetti 46) del lenguaje y de la experiencia² a él asociada, la fuerza retórica mostró su persistencia y su resistencia a ser minimizada por la formalización. “El mundo —sin duda— está hecho de retórica antigua”, según expresó Roland Barthes en su *Prontuario* tras haberse encontrado con ella en la práctica jurídica, el juego, la política y la literatura, sin olvidar la intimidad de las afecciones del cuerpo. Esta retórica antigua era la retórica de la fuerza de la palabra a través de sus operaciones principales. La figuralidad aparecía en todas partes volviendo poco productiva la pregunta por la esencia de la retórica, y sí, mucho más útil la determinación de sus empleos y efectos no intencionales a través de una suerte de continuidad paradójica o tensional, plagada de mutaciones y reactivaciones del sentido. La fuerza social operada por la figuralidad del lenguaje, aunque acompaña la reactivación del sentido, suele tomarle la delantera. En efecto, la persistencia de la retoricidad propia de las figuras (ni verdaderas ni falsas, sino sólo interpelantes) se revela a la manera de un *conatus* spinoziano en las historias de las lenguas, de las imágenes, de las edificaciones, de los juegos, las ceremonias fúnebres, las prácticas culinarias, las modas, las tecnologías. Una de estas últimas destaca sobre los empleos mencionados: la propia retórica como

² Rossetti define el formateo como el “mode, usi o standard di impostazione e confezionamento” de cualquier texto, escrito u oral, científico o perteneciente al discurso de la experiencia social.

saber práctico del orden del mundo, de las cosas y los seres, y su implementación para renovar y reactivar sus relaciones.

Siempre es conveniente distinguir la disciplina retórica de la retoricidad como condición principal del sentido y del lenguaje. La primera es un saber reglamentado y la segunda es una fuerza que parasita la comunicación. Lejos de ser un parásito dañino, aumenta la fuerza del decir-hacer del discurso colectivo.

La retoricidad

Esta retoricidad fue conceptualizada hiperbólicamente como operación metafórica por Nietzsche, en metáfora y metonimia por Jakobson y en figuralidad y tropología por muchos otros autores modernos (entre ellos Derrida y Paul de Man). Se les escapaba formular que esa condición del sentido abarcaba un mundo irreductible a la lingüística y al signo: por un lado, quizá porque la noción de signo es ella misma retórica, y en ese sentido deconstruible (Derrida 1989, 28); y, por otro, porque la reactivación o devenir del sentido, y no sólo su producción, tiene lugar primero como relación entre agentes sociales irreductibles a la academia. Estos pueden ser hablantes, pero pueden ser también máquinas de sentido para las cuales los seres humanos son efectos (de sentido) y no sujetos del mismo (como el inconsciente) (Deleuze 31). Una vez reintroducido el dominio de la materialidad de las relaciones de sentido al panorama de la retórica contemporánea, la problematicidad que alienta en estas páginas queda disuelta: de los objetos de la retórica, el discurso parece haber sido el principal, siempre y cuando no renunciemos a determinarlo en su contexto situacional y relacional. Nos referimos a reintroducción porque para permanecer en el ámbito de la academia universitaria, los estudios retóricos abandonaron el problema del contexto social, el cual en cierta forma siempre fue considerado marginal, aunque paradójicamente aparecía como supuesto acrítico en cualquier ejercicio de lectura. Así, cuanto más se aspiraba a lingüistizar la retórica al hacer de ella una ciencia de la significación, más se volvía al modelo reductivista de la proposición, es decir, al contenido formalizado y formalizable (Grupo M 62). El grupo M supo ver que la cuestión del objeto no

es esencial para las tareas de la retórica. Esto es, la cuestión filosófica del objeto (Martínez, Una retórica 106) es desplazada por la cuestión retórica del *campo jurisdiccional* que extiende la disciplina hacia el estudio de “marcas del discurso anterior en las representaciones semánticas” (Grupo M 62). Así se va extendiendo el campo de experiencia de la retórica, que se *llena de historia* en lugar de reducirse a una cuestión reglamentaria de jurisdicción sobre los actos de sentido. Claro que ello significaba que, quizá, después de todo, la lingüística no gobernaba la experiencia semántica, como tampoco lo hacía la lógica pese a su reclamo (Grupo M 62).

La crítica

Debemos recordar que el discurso y su complejo de fuerzas de la significación y del sentido, de la comunicación y del hacer, más su paradigma relacional, que hacía necesaria la pragmática, la historia, la política y la crítica como saberes acompañantes de la retórica, todo este mundo del discurso caía fuera de la lingüistización del campo. Situación bastante similar a la de la primera desaparición moderna de la disciplina retórica en el siglo XVII, cuando la filosofía ocupara el sitio de la retórica. Por el contrario, para nosotros en este artículo, el discurso no es formalizable: es un campo de experiencias entrecruzadas y relaciones a las cuales se accede de forma transdisciplinar. Los humanistas del Renacimiento lo sabían muy bien. Pero dos siglos después, el método conquistó la epistemología de las ciencias de la naturaleza y la imaginación espontánea del científico, e hizo desear a los rétores de la modernidad un objeto que fuese igualmente modelizable por un método unificado e indiscutible de formalización retórica.

Hoy en día, la lucha por la unificación de la retórica es una constante (lucha por partida doble: frente al mundo académico de las ciencias que gobiernan toda epistemología y frente a los estudiosos de las retóricas extendidas). Hoy hay gramatologías a la manera de Prandi, retóricas sistemáticas como la del Grupo M y neoretóricas al modo de Perelman, quien reduce la práctica disciplinar a la argumentación, en oposición a las retóricas de la imagen, de la cartografía, del

teatro, etc., profesionalmente disgregadoras, cuya función es proponer límites autogobernables, es decir autónomos y diferenciales.

Como en siglos anteriores (s. xvii), lo que se perdía como *pensamiento crítico del sentido* aseguraba un lugar en los saberes formales. Es sabido que: “El valor o uso crítico de este tipo de lectura compleja está dado por la atención tanto a la retórica como a la performatividad y a la genealogía de las palabras” (Martínez, Procedimientos 59). Lamentablemente, la crítica que rehistoriza, es decir, vuelve a su dimensión histórica la producción del sentido y a sus interlocutores y a sus conversadores, es excluida por la formalización. Por otro lado, la introducción al pensamiento retórico del campo de experiencia muestra a los estudiosos y estudiosas de la retórica que la conversación puede ser un paradigma más participativo que excluyente. Y debe decirse que desde hace unos cuantos años, esa parte excluida de los estudios retóricos hegemónicos regresa aspirando a convertirse en la crítica de la condición retórica del discurso en nuevos campos de la experiencia (la política, los movimientos sociales, el testimonio de las víctimas de la injusticia social, la acción directa y las prácticas artísticas más contemporáneas). En efecto, la crítica aborda las realidades que lo contemporáneo introduce conmocionando lo que considerábamos pertinente, analizable y transmisible, es decir, digno de un análisis retórico.

Puntualicemos: la crítica es la tarea sin coartada de la retórica porque se aplica sobre sí misma como disciplina. Es un continuo poner en cuestión el proceso mismo del sentido y los haceres del sentido, es decir, su performatividad. Por ejemplo, cuando el discurso nombra al otro y, al hacerlo, lo descalifica, como en el caso del discurso colonial sobre el indio.

Además, se aplica sobre la condición de retoricidad de los discursos dichos, es decir, en su materialidad, y analiza las fuerzas para establecer relaciones (horizontales o jerárquicas, etc.) entre los hablantes. alguna de estas fuerzas, como el *énfasis* que procura fortalecer cualquier figura o tropo contribuyendo a su dimensión perlocutiva (Austin), son su objeto de investigación crítica a la vez que funcionan como su *caja de herramientas* wittgensteiniana. Objeto y recurso de la crítica e instrumento contingente del *sermo communis*. *La conversación vernácula* con la cual y en medio de la que, como hablantes, hacemos al decir y decimos al hacer.

Preferimos la noción de *sermo* para nombrar la actuación colectiva donde los hablantes descubren, más allá de intenciones y motivos egoístas como el protagonista de von Kleist,³ la cualidad colectiva del sentido, sentido vivido como experiencia de escucha (Martínez, *Algo propio* 101-111).

Por otro lado, y junto a la importancia del recurso a la caja de herramientas, recurso antisistemático, habría que reconocer la ductilidad del efecto de *bricolage* de Levi-Strauss para pensar la fuerza de la figuralidad y de la tropología sobre escenarios sociales, tanto como la de la argumentación. Merece reconocimiento sin duda la extraordinaria capacidad de transformar *ad hoc* elementos conceptuales y categoriales en otros, de desechar por inservible e innecesario una herramienta para abrir el camino a la búsqueda de cualquier otra que convierta los haceres del sentido en mundos de experimentación de las relaciones entre los hablantes. Si aceptamos lo anterior, podríamos formular que considerada según las fuerzas que animan al discurso, entre ellas la figuralidad, la tropología y el énfasis, la retórica pasa a ser ella misma un saber sobre la experiencia transmitida de los seres humanos.

En efecto, no es únicamente el sentido y la significación los enriquecidos por el trabajo de *bricolage* sobre la figuralidad y las operaciones. De manera muy determinada, las relaciones y vínculos entre los usuarios de la lengua y sus códigos de signos son sus objetivos críticos. Ahí reside un modo de la invención poco visible o, más bien, escasamente trabajada. Se trata de los vínculos donde los afectos y afecciones entre los cuerpos individuales y colectivos son pensados más allá de un modelo intencional del decir-hacer. La invención no es necesariamente voluntaria o intencional: pertenece a los efectos perlocutivos. Por intención me refiero a una entidad preexistente al acto de comunicación o acto verbal. Lo cual no significa que los hablantes no posean algún propósito que los guíe a través del acto verbal sino que la realización de este último posee la fuerza de modificar el sentido del acto. Resulta conveniente en este sentido precisar que los efectos del hacer social del

³ Este hombre suponía que cuando faltaba a su pensamiento el debido peso y desarrollo, tenía que recurrir a hablar con extraños, cuanto menos instruidos mejor, para que ante los rostros de los otros el pensamiento individual llegara a su meta esperada. El pensar es propiedad del mejor pensador aunque requiera a los otros como escuchas (Von Kleist 9).

sentido sobre la interlocución y sus figuras —el orador y su público— pueden no responder a la voluntad de decir como su clave de inteligibilidad. Esta última emerge de situaciones contingentes de lectura, no calculables de antemano según lo trabajado en *La tarjeta postal* (Derrida 18). O emerge de acontecimientos singulares, no necesariamente repetibles pero sí propensos al gozo compartido a la manera de una carnavalización (transvaloración) del sentido y del decir-hacer. Hay una profunda relación entre las operaciones retóricas y las operaciones sobre los seres humanos. Lo mismo diremos sobre las modalidades de argumentación con las cuales nos resignificamos a nosotros mismos y nos vinculamos a hazañas de gran envergadura social y política.

Así pues, la disciplina retórica ha sido a lo largo de muchos siglos un estudio del accionar de la palabra y el discurso, aunque quizá no todos los rétores lo formularan explícitamente. Esta condición práctica o pragmática quizás sea más interesante aún que la sistematización de un objeto anterior y exterior a la disciplina. Hace intervenir la crítica al recordar al especialista que su objeto lo produce su propia relación con los hablantes, y que esta relación debe ser explícita en la investigación. Su objeto no es un paradigma cerrado y fijo del discurso sino el *sermo communis* (Martínez), la *conversación*⁴ que está abierta a la emergencia de nuevos sentidos singulares cada vez que un hablante se introduce a la conversación.

El campo de experiencia de la retórica como disciplina y lo retórico como condición de la conversación —distinguible de una condición estrictamente del lenguaje (Nietzsche)—,⁵ es siempre plural y su virtud se encuentra en el cambio

⁴ La conversación, su idea, concepto y categoría han sido pensadas durante muchos siglos. Brevemente y sin pretensiones de exhaustividad recordemos a Dante, al Humanismo renacentista y al pensamiento barroco de Baltasar Gracián. La conversación es siempre motivo de invención de contenidos, fuerza de resemantización, de inversión de propósitos como se muestra en la nota de pie siguiente y de puesta en jaque de determinadas maneras de apropiación de la toma de la palabra y de la invención. En el siglo xx debemos recordar a Bajtin y a Landauer, en el xix a Mauthner. Debemos apartarnos de von Kleist quien reduce la comunidad de escuchas a ignorantes con el fin de privilegiar la invención de la idea y el decurso del pensamiento del individuo pensante, figura en todo semejante a la del genio romántico; pero apartarnos negando su elitista figura del sujeto no significa negar la fuerza del contexto comunitario, acicate social del pensar y la innovación (Von Kleist).

⁵ Nietzsche sobre la metáfora como modelo de invención. Todo lenguaje produciría nuevos nombres y con ellos la descripción y la cognición de manera metafórica. Esta caracterización es doblemente interesante: por un lado ubica a la metaforicidad como fuerza constitutiva del lenguaje

de sentido que introduce y que no se reduce a reglamento alguno. Hoy, por ejemplo, las humanidades digitales están modificando la argumentación, la persuasión y el convencimiento y la relación de los hablantes entre sí y con ellos mismos. No basta hablar de tecnologías de la información y de la comunicación hasta que no hayamos pensado cuidadosamente el carácter tecnológico de la propia retórica fuera de la lógica reductivista del privilegio de lo inteligible sobre lo derivado y secundario donde la metafísica había ubicado a la parte instrumental y técnica del sentido.

El campo de experiencia y su importancia

En otro sentido, el no prestar atención al concepto de campo de experiencia —donde el carácter instrumental de la figuralidad, la argumentación y la tropología se pone en uso— reduce la invención del sentido concentrándola en grandes autores y libros. Haciendo de estos últimos la fuente y el modelo de la producción de sentido, se excluye a los colectivos de sus instrumentos de invención de la cultura, volviéndolos invisibles. Este ha sido el caso del historiador de conceptos Koselleck, autor junto con un grupo selecto de alumnos de una magna *Historia de Conceptos*. Un debate entre él y sus propios seguidores muestra a la perfección la operación excluyente en el marco de la experiencia cultural. Para Koselleck, el lenguaje y sus

dotándola de una dignidad que le había sido escamoteada a la retórica en las postrimerías del siglo XIX, tiempo de las ciencias positivas. Por otro lado, es ella misma un producto de la retórica y del escepticismo sobre la lengua: partir del supuesto de la esencia del lenguaje, en este caso, su metaforicidad que pone en riesgo las funciones descriptivas, referenciales, denotativas de la lengua fundadas en el supuesto de las relaciones entre palabra y cosa o lengua y mundo, para plantear que la metáfora no representa la relación palabra y cosa sino que es el efecto fisiológico sobre el cuerpo de su relación con el mundo y la conmoción que este genera en el cuerpo individual. Liberado el lenguaje de la representación, sólo puede aspirar a la connotación, siempre y cuando tengamos presente que Nietzsche hace como si creyera que la pregunta por el lenguaje presupone una esencia del lenguaje y una voluntad de representación. Se diría que utiliza las palabras de sus adversarios y su valor para incluir lo que se había excluido: la metaforicidad sustantiva. La construcción retórica propuesta es una inversión donde la metáfora, derivada y sin valor epistémico al privilegiarse sobre lo inteligible muestra que esto último (denotación, representación, descripción, articulación) se deriva de la metáfora, una respuesta corporal y connotada (Nietzsche).

operaciones es constitutivo de la historia de los individuos; “Sólo una cosa no será posible: prescindir completamente de los conceptos al trasladar experiencias y juicios al lenguaje”. Estos conceptos están ligados a su contexto de emergencia y uso y viven gracias a las relaciones que establecen con sus contraconceptos y conceptos laterales (Koselleck 297). Todos los conceptos mediante los cuales, sugiere el autor, se intercambian experiencias y se discuten de envergadura son, sin embargo, asunto de autoría individual. Pese a ello, la marca del contexto sigue siendo imprescindible para explicar y describir textos consagrados por la tradición. Pero estas marcas contextuales son secundarizadas; son privadas de fuerza explicativa. Así en lugar de interrogar el concepto de pueblo en su uso por el movimiento proletario del siglo XIX en Alemania y su diferencia con el del pueblo francés o inglés, Koselleck deliberadamente reduce el campo a la literatura socialista. Por ejemplo, trabaja sobre los textos de Marx reduciendo la experiencia de manera dramática a la experiencia de élite. Al preferir a Marx en lugar de estudiar las conversaciones, debates, canciones, lemas y demás inventos del movimiento obrero, vuelve a la usanza de privilegiar autores individuales sobre la invención colectiva y su fuerza de debate. Es en los intercambios de sentido entre los obreros, en su emergencia, en su reinención, en su resignificación donde la vida del *sermo* y de sus hablantes tiene lugar.

En su momento, Mijail Bajtin defendió la producción popular del sentido sobre el registro de élite del mismo, insistiendo con ejemplos contundentes de lectura cuidadosa que, pese a la ausencia de documentos directos de la oralidad sobre los qué basarse, es posible acudir a estudios secundarios donde el *sermo communis* está en acción (Bajtin 9). Por un lado, el *sermo* puede ser entendido como “contribución productiva del lenguaje”, que para la historia de conceptos es uno de los dos lados del status del lenguaje, por el otro lado, el lenguaje es el de “descripción, representación y articulación” del mundo (Koselleck 296). Es la ciencia de la historia la que describe esta doble fuerza que habita la lengua: produce y a la vez describe lo que produce muchas veces de manera paradójica. Para ella, la función productiva se refiere siempre a la instancia semántica de los conceptos producidos (por ejemplo, el de pueblo antes mencionado) y a la eventual historia de los efectos y de la recepción de los mismos una vez que una noción “deja de tener historia” —por ejemplo, la de *koinonia politike* (295)— y “su carga semántica no puede eliminarse y condiciona como estímulo y limitación todos los intentos posteriores

de cambio semántico o resemantización” (296). Hoy, “pueblo” y “lo popular” son palabras que descalifican y que se usan desde el prejuicio.

Pasemos a una lectura de lo anterior. Por un lado, Koselleck reivindica que toda historia del sentido es historia social “al menos desde la Ilustración” pues “¿Qué historia no tiene que ver con relaciones interpersonales, con formaciones sociales de cualquier tipo o con clase sociales” (Koselleck 9). Por cierto, ningún estudio sobre la producción del sentido en la perspectiva retórica puede dejar fuera la historia y lo histórico debido a su voluntad contextualista que inscribe sucesos en el tiempo y en el espacio. Por otro lado, la eficacia de los nombres y sus conceptos, sus significados y su instancia denotativa, están marcados por la connotación diferencial, singular o nueva que, en el caso de la palabra “pueblo” y la categoría secundaria de “popular” y público, se introduce mediante el *bricolage* (resignificación y refuncionalización) en las operaciones retóricas del sentido. Pero debemos introducir una dimensión más en el asunto: la del debate y las comunidades que lo realizan. Es el debate el que libera el concepto de su “existencia anti-histórica” (en caso de que aceptemos lo propuesto por Koselleck) y lo pone nuevamente en circulación, es decir, abre la discusión sobre la oportunidad de su uso, los propósitos que se le asignan y tal vez su nuevo status. Palabras como “civilización” y su contraparte “barbarie” han sido sometidas al debate fuera de cualquier propósito de restablecimiento de su estatus antihistórico, definitivo, necesario y universal para abrirse a la crítica, verdadero brazo fuerte de la retórica humanística, amiga de la historia tanto como de la política. En efecto, es la dimensión política la que queda exhibida en el debate y no ya la social en términos de Koselleck. Donde política se refiere justamente a la relación entre los hombres y mujeres no como hecho empírico y por tanto administrado por el aparato de Estado, sino a la fuerza de invención de la experiencia, su capacidad de crear nuevas relaciones antijerárquicas, igualitarias, isegóricas tanto como isonómicas. Por ejemplo, la invención barroca en la América colonial puede explicarse como el producto de la barbarie, es decir, de la mano de obra indígena. En este contexto, “bárbaro” no es una valoración negativa sino el nombre que damos a la invención colectiva, anónima. Lo mismo nos enseñó Benjamin en sus *Tesis de Filosofía de la Historia*. La historia es producto de las artes de los bárbaros que derrocaron al imperio.

El debate político, que no es sino el del campo de experiencia de un concepto o categoría, mostrará a través de la lectura crítica que la oposición entre civiliza-

ción y barbarie es producto de las relaciones de poder al nivel del lenguaje. La lucha por el sentido es también la lucha de los bárbaros contra la gran cultura. Esta última es concebida como operación de apropiación del sentido por quienes dominan sobre los “barbaros”. Los bárbaros son los hablantes comunes.

Koselleck se equivoca cuando llama ilustrada a la tarea histórica de interpretar conceptos, su valor y su estatus. Si concedemos que la historia sea entendida como la tarea de interpretación y lectura que historiza al concepto al introducir el contexto y las luchas por el sentido, entonces la Ilustración tuvo antecedentes retóricos. Fue tarea del humanismo de Lorenzo Valla, según se aprecia en su *Donación a Constantino*, precisar el rol paradigmático de la lectura histórico-retórica y la imposibilidad de entender la figuralidad o la argumentación fuera del tiempo-espacio de las luchas por el sentido. Luchas complejas, luchas por la toma de la palabra y por la escucha. Sabemos que no basta tomar la palabra si no se obtiene una escucha responsable como producto de abandonar las grillas conceptuales hegemónicas para interpretar o decodificar el discurso-otro. Tampoco debemos cerrarnos a experiencias de sentido que conmocionen nuestras tradiciones interpretativas: debemos darle su lugar en el debate.⁶ Debemos darle su lugar en la transmisión de valores, de sentido, de significados y de operaciones que relacionan la palabra y sus referentes.

En realidad, siempre hemos necesitado de los estudios retóricos para interpretar las luchas por el sentido como modalidades de la apropiación o exclusión de la palabra. Y hemos hecho uso de las operaciones retóricas para ganar la batalla por el sentido ante los adversarios. El mundo en efecto está lleno de “retórica antigua”.

⁶ Conmoción de la experiencia (Benjamin 89-124) que se presenta cuando no se logra consensuar proposiciones o descripciones o palabras, o bien transmitir mediante palabras referentes sociales o políticos. La experiencia se vuelve también no transmisible en el marco de nuevas realidades que emergen; ahí, en estas situaciones la resignificación, distinta de la resemantización de Koselleck será imprescindible para redirigir discurso a nuevos propósitos (Nietzsche) secundados por colectivos (Martínez de la Escalera y Lindig). Y para introducir en la lucha por la toma de la palabra nuevas máquinas nómadas que en lugar de palabras sustantivadas o categorías orienten el discurso a otros propósitos afectivos y de afecciones. El caso de palabras como “sur”, “buen-vivir”, “acompañamiento”, “civilización” y “pueblo”, que en contextos muy determinados se separan de la tradición y reinventan experiencias de lo humano en relación consigo mismo y con otros vivientes.

El objeto de la retórica

El objeto en estos escenarios de lucha retórica por la toma de la palabra es la toma misma de la palabra y la defensa del derecho de réplica. Se lucha por tomar la palabra frente a modalidades de apropiación del sentido (apropiación a través de la religión, la política, etc.). La toma de la palabra reactiva la invención singular y la diferencia. Actualiza la alteridad y la pluralidad. Por un lado, la toma de la palabra reclama su derecho a ser considerada como objeto de la retórica; por el otro, a ser considerada como procedimiento, como “intervención interdisciplinaria” (Martínez 7). Tengo la intuición de que en ambos casos de lo que se trata es de conservar la lucha a toda costa. La lucha es debate, es defensa de la isegoría y de su fuerza de reinvencción social, semántica y práctica, es el instrumento esencial para derribar las hegemonías semánticas que deciden quién habla y quién solo escucha. Así, si la retoricidad se refiere a la materialidad de la experiencia del sentido (condición de la producción, emergencia y reactivación de sus fuerzas ilocutivas y perlocutivas), la teoría que la analiza tiene por tarea “además de fijar sus propios límites —es decir, su objeto y la manera de tratarlo—”, la de ser capaz “de dar cuenta de ciertas condiciones generales que acompañan la producción del sentido de lo dicho y lo escrito, así como de la mirada que decide sobre el significado de la imagen y la señal, y se interroga sobre su propio estatuto teórico a partir de una crítica” (Martínez, *La retórica* 8).

El saber retórico y la carnavalización del sentido

La figuralidad, la tropología y la argumentación no son los únicos caminos del ejercicio retórico. Brevemente, introduciré la formulación que hice hace algunos años sobre el saber de la palabra que acompaña a prácticas del discurso y que permite rehacer una historia moderna de la retórica. ¿Qué es hoy la retórica? Se trata de un “programa del saber y la vida intelectual” (Martínez, *La retórica* 40). Definida como “rescate de la inquietud por la verdad y su deuda con la fuerza

reveladora del lenguaje metafórico”, la práctica retórica se acerca a plantear una suerte de teoría del concepto, con valor gnoseológico. Es pues, una epistemología retórica. Dante, Petrarca y Mussato están en el umbral temporal de esta gnoseología. Los une el aprecio demostrado por los tres por el *verbum* y el *sermo communis*. No se trata, sin embargo, del fenómeno proposicional que luego se llamará actos verbales o, mejor, experiencia común del discurso. Ambas nociones nombran la capacidad o fuerza de nombrar de la gente entendida como fuerza colectiva. Entre otras cosas, permite caracterizar a la voluntad de saber como una sabiduría de la palabra, esto es, un saber cuya tarea principal es precisar la fuerza de crear mundos con las palabras. Estas últimas no son instrumentos de interpretación únicamente: son modalidades del hacer cultural. Nombran lo nuevo y su rompimiento con aquello de lo que se demarcan, abren un debate colectivo e intelectual (quizá más que político o ético, popular y público sin reglamentación estatal) a través de lo que cada palabra ofrece al pensamiento de los afectos y las afecciones. Es una práctica social, un juego de ingenios donde tiene lugar la carnavalización (transvaloración) del sentido y el goce de la conversación por la conversación misma. Placer en y al saber escuchar al otro y a la otra en sus propios términos para el disfrute de la diferencia y la pluralidad. La carnavalización del sentido rompe con el autoritarismo del nombrar, del cual se han apropiado los especialistas. Invita a discutir sobre las imágenes acústicas y sus efectos auditivos, sensoriales. Sobre el gesto que modifica la palabra, el tono y el ritmo, la respiración que vuelven corporal la palabra y se interponen entre ella y la referencia singular y concreta como lo hace el vestuario en un actor o actriz. Es evidente que la palabra actúa su propia realidad de cosa dicha. Por eso la búsqueda de la palabra adecuada con la cual describir las experiencias resulta tan importante para la experimentación social y política. En ella se indica el status y el valor de la experiencia de modificación del mundo humano. De hecho, la palabra no da pie a la interpretación sino a la experimentación del sentido en la conversación colectiva. Experimentación donde el humor y sus modalidades como la parodia, la ironía, la misma risa configuran la sabiduría popular y sus mundos de acción. Mundos cifrados en la participación, la toma de la palabra sin miramientos y el derecho de réplica sin importar ante qué aparato (estatal) o que autoridad se haga.

Cabría decir, recordando a Bajtín, que no es la proposición la que debe interesar a la retórica sino la disposición grotesca de la conversación. Los grotescos son configuraciones críticas de sentido que se sirven de inversiones que deconstruyen la estabilidad lingüística e ideológica o de sentido de las jerarquías en el marco de las cuales ubicamos la conversación y el pensamiento. Me refiero a las oposiciones antagónicas del tipo de naturaleza/cultura, civilización/barbarie, inteligible/sensible y tantas otras. A través de ellas se jerarquizan valores y formas de hacer, y se excluyen y marginan otras invenciones culturales. Al invertir la predominancia de un polo sobre el otro, la operación de privilegio aparece no como un supuesto indiscutible e inmutable; por el contrario, este supuesto es develado como producido toda vez que se apela a la oposición antagónica para ubicar una postura teórica, una hipótesis de trabajo o un pensamiento. El grotesco es ese animal mitológico que vive muy a gusto en la conversación.

Conclusión

Como siempre en asuntos que competen a la activación del sentido en la experiencia común, cualquier conclusión sólo puede arriesgar el carácter provisional de sus asertos. Así las cosas, volvemos a la interrogación: ¿Podría ser el discurso en su generalidad abstracta el objeto de la retórica? Sin duda esto es conveniente para la retórica en la institución superior de investigación y docencia. Poseer un objeto propio, formalizable, permite responder al modelo de cientificidad oficializado (aunque, por cierto, reductivista). Ello ofrece garantías a la práctica de la disciplina retórica y permite esperar un lugar en la academia en humanidades y quizá en las ciencias sociales. Por otro lado, es conveniente que esta situación de conformidad a un modelo de cientificidad ajeno a su propia historia se revise continuamente y se contemple como objeto de la crítica. Esto es, habrá que estudiar los efectos ilocutivos y perlocutivos que tienen lugar en esta oficialización de la disciplina.

No obstante lo anterior, la interrogante da a pensar que la formalización de los estudios retóricos del discurso deja fuera un asunto no formalizable. Me refiero a la experiencia retórica siempre singular (casi irreplicable) del hacer/decir y a su

fuerza de reactivación del sentido y de reinención del mismo. Su carácter es colectivo, imprevisible, contingente, y por eso mismo, incalculable. Y por este lado, también gozoso y participativo: estético.

Entendiendo entonces el papel de la interrogante por el objeto de la retórica como una manera de problematizar el status de la retórica, antes bien que como una manera de formalizar y reglamentar su status epistémico y académico, diremos que el camino queda abierto a múltiples intervenciones de públicos y de expertos. Aunque como especialistas aspiremos a un status comparable al del saber científico, debemos aprender a no dejar fuera la fuerza crítica que nos recuerda a quien pertenece el lenguaje y el sentido: a las comunidades de hablantes. Ahí en la comunidad y quizás acompañando los momentos de crisis de las experiencias de lo humano, está la retórica de las lenguas y del sentido en acción. Acción igualitaria, sin sujeto que gobierna el sentido y que más bien interroga sin prejuicios y sin jerarquía la producción semiótica y semántica. Cuando los saberes de la gente hablan, no son sus palabras y argumentos una pobre copia del saber antropológico o sociológico, filosófico o histórico. Los saberes de la gente, además de contenidos y estrategias de toma de la palabra, constituyen espacios de la invención del mundo humano.

Ana María Martínez de la Escalera (ammel@unam.mx)

Es doctorada, maestra y licenciada en Filosofía por la UNAM. Trabaja desde la Teoría crítica contemporánea sobre campos como la estética y el arte y el género. Coordina un seminario Interdisciplinario de Investigación Alteridad y Exclusiones desde 2004 a la fecha en diversas dependencias de la UNAM. Ha publicado libros propios y colectivos así como capítulos y artículos sobre su campo de conocimiento. Ha participado en numerosos congresos nacionales e internacionales. Pertenece al Sistema Nacional de Investigadores del Conacyt.

Entre sus publicaciones destacan: *Interpretar en filosofía*, 2005; *Estrategias de resistencia*, 2007; *Feminicidio: Actas de denuncia y controversia*, 2010; *Alteridad y exclusiones. Vocabulario para el debate social y político*, 2013.

OBRAS CITADAS

- Austin, J. L. *Cómo hacer cosas con palabras*. Primera edición 1955. Santiago: Escuela de Filosofía Universidad de Arcis. Web. <revistaliterariakatharsis.org/Como_hacer_cosas_con_palabras.pdf>
- Bajtin, Mijail. *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*. Madrid: Alianza, 1987.
- Barthes, Roland. *Prontuario en La aventura semiológica*. Barcelona: Paidós, 1997. 85-162.
- Benjamin, Walter. “Sobre el lenguaje en general y el lenguaje de los hombres” (139-154); “Algunos temas en Baudelaire” (89-124), *Ensayos escogidos*. México: Coyoacán, 1999.
- Deleuze, Gilles. *Política y psicoanálisis*. México: Terra Nova, 1980.
- Derrida, Jacques. *La tarjeta postal*. México: Siglo XXI, 2001.
- Derrida, Jacques. *La deconstrucción en las fronteras de la filosofía*. Barcelona: Paidós, 1989.
- Foucault, Michel. *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets, 1973.
- Grupo M. *Figuras, conocimiento, cultura. Ensayos retóricos*. México: UNAM, 2003.
- Illich, Iván. “El género vernáculo”, *Obras reunidas II*. México: FCE, 2000. 92-111; 181-336.
- Koselleck, Reinhart. *The Practice of Conceptual History*. Stanford: Stanford University Press, 2002.
- Levi-Strauss, Claude. *Las estructuras elementales del parentesco*. Barcelona: Paidós, 1969.
- López Eire, Antonio. *Esencia y objeto de la retórica*. México: UNAM, 1996.
- Martínez de la Escalera, Ana María. *Algo propio, algo distinto de sí. Ensayos sobre Dante, Gracián y la astucia del lenguaje*. Madrid: Anthropos, 2001.

- Martínez de la Escalera, Ana María. “De la elocuencia barroca a la retórica contemporánea: algunas lecciones”, Beristáin, H. *El horizonte interdisciplinario de la retórica*. México: IIF-UNAM, 2001. 125-140.
- Martínez de la Escalera, Ana María. “La retórica o el privilegio de la palabra”, Beristáin y Beuchot. *Filosofía, retórica e interpretación*. México: IIF/UNAM, 2000.
- Martínez de la Escalera, Ana María. “Una retórica de los límites”, AAVV. Memoria xx Aniversario del Seminario de poética. México: IIF-UNAM, 2000.
- Martínez de la Escalera, Ana María. “Procedimientos críticos”, en Soriano y Avalos. *Análisis político del discurso. Dispositivos intelectuales en la investigación social*. México: Juan Pablos, 2009. 57-64.
- Martínez de la Escalera, Ana María. “Introducción”, Fenoglio, Herrasti, Rivero. *Análisis del discurso: estrategias y propuestas de lectura*. México: Bonilla Artigas, UAEM, 2012.
- Nietzsche, Friedrich. *Genealogía de la moral*. Madrid: Alianza, 2006.
- Ong, Walter. Ramus. *Method and the Decay of Dialogue. From the Art of Discourse to the Art of Reason*. Massachusetts: Harvard University Press, 1983.
- Rossetti, Livio. *La formación retórica*. México: IIF/UNAM.
- Von Kleist, Heinrich. “Sobre la paulatina elaboración de los pensamientos al hablar”. Vital. *Ensayistas alemanes (XVIII-XIX)*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995. 175-182.